

Alberto Ulloa Bornemann

Desde la raíz del ser

Francisco Prieto

Publicar una primera novela pasados los setenta años es raro. Choderlos de Laclos, ya en una edad cierta, escribió una primera y única novela excepcional, acaso la mejor que se haya escrito en el género epistolar, *Les Liaisons dangereuses*. El conde de Lampedusa pasó toda una vida rumiando otra obra maestra, *El gatopardo*. Pero, como bien enseñó Ortega, “yo soy yo y mi circunstancia”, y la circunstancia que hiciera de Ulloa un novelista tardío fue una de esas que hubiera destruido a más de uno. ¿Cómo? Imposible enunciar una tesis, la criatura es libertad y genera un yo propio e intransferible. Además, las modalidades de autodestrucción son muchas.

Por lo pronto, conviene advertir que en su más temprana juventud, el autor de *Apenas una línea delgada* fue publicado por Huberto Batis en la revista *Cuadernos del Viento*: dos poemas entrañables que, después de leer al novelista, caigo en la cuenta de que mostraban la sensibilidad de un narrador. El novelista de raza es un hombre agazapado, solitario y de rincón (Baroja *dixit*), obsesionado por los misterios que encuentra en sí mismo, en quienes lo rodean, comprometido con la condición humana en una agonía permanente por los encuentros y desencuentros de persona y sociedad, lo que los franceses han llamado un moralista, como lo fueron, en la literatura francesa, Madame de La Fayette, Stendhal, Flaubert, Maupassant y Zola, Gide, Mauriac, Bernanos, Camus, el joven Philippe Claudel ahora. Ese novelista no abunda, por cierto, en nuestra literatura pero sobrea abunda en la literatura europea: Dickens, Forster, Woolf, Greene, Waugh, Madox Ford; Goncharov, Turguénev, Tolstoi y Dostoievski; Cervantes, Palacio Valdés, Galdós, Clarín, Baroja, Pérez

de Ayala, Martín-Santos, Javier Marías. Una figura que, por cierto, aparece tarde en la literatura alemana, tan tradicionalmente poética y metafísica; escasa en las letras norteamericanas, donde un conductismo irrefrenable nos envuelve y arrebatada en acciones descarnadas que se suceden y pareciera que escapan a la conciencia del novelista.

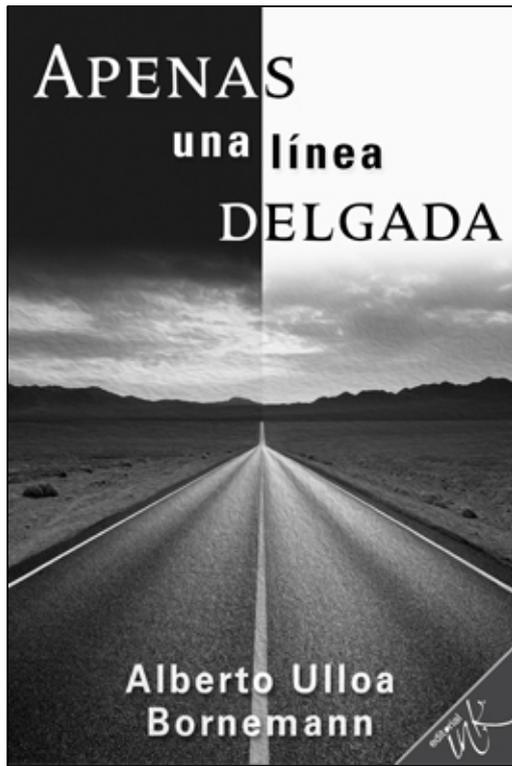
Aquellos primeros poemas de Ulloa esencializaban una experiencia poética del autor consigo mismo: la rabia, el vacío en torno suyo, la esperanza desde el sentimiento amoroso que lo lanza fuera de sí en la espera del encuentro con el otro, como si hubiera la compulsión de la confesión que necesita de la presencia de la amada para tornarse fuente de luz.

Luego, adviene el silencio. Ulloa, como no pocos jóvenes de su generación, en la que me incluyo, había sido formado en la filosofía de la existencia. Leíamos con pasión a Jaspers, a Sartre, a Camus, padecemos el encantamiento del mundo fascinante que nos revelara Mircea Eliade, de la poesía de Rilke, de Gorostiza, de Octavio Paz. Despreciábamos el pragmatismo anglosajón, la pobreza intelectual de los políticos y de los hombres de empresa de nuestro país, la puerilidad de los curas locales. Y el protagonista de *Apenas una línea delgada* persigue desde niño esa identidad que no encuentra en casa. Como tantísimos otros novelistas de esa generación de narradores nacidos en los años cuarenta, busca la vía que lo saque de un espacio que se le hace pequeño, de un círculo de familia donde resiente valores marchitos, un sentimiento suyo de insatisfacción ante una inautenticidad presentida. Quizá por eso idealiza al abuelo materno, un alemán inmigrado en México, y retiene que la fecha

de su nacimiento coincide con la entrada de las tropas nazis en la Unión Soviética. Noveliza al abuelo de cuya vida sabe poco y repara en su parecido físico con él. Resiente que la verdad está en otra parte y como aquel Zavalita de Vargas Llosa que se pregunta en qué momento se jodió el Perú ante una revoltura de estilos y de etnias que no marcan el terreno a partir del cual se continúa, transfigurándola, una tradición, nuestro protagonista sueña una realidad que él tiene que buscar y crear.

También los protagonistas de otras novelas de escritores de la generación de Ulloa reaccionan contra un medio familiar convencional y ajeno, destapan un lenguaje que marca una frontera, se buscan a sí mismos lejos, muy lejos, de un conformismo que encarnan los líderes al uso, empresarios, funcionarios públicos; no entienden aquello de “petroleros mexicanos al servicio de la patria”, sienten el ridículo de exclamar que “como México no hay dos”. Ligados a ritmos ajenos a los que bailaban sus padres, a canciones dulcoradas de otra generación, padecen la soledad del adolescente y una incipiente rabia contestataria.

Y el protagonista de *Apenas una línea delgada*, al que sólo la sexualidad lo liga a esta tierra, pero sufre también por conocer sólo el lado oscuro de la misma, prosaico, mostrenco, espera el encuentro con la mujer que lo saque radicalmente de sí, la mujer a la que pueda enajenar su existencia. E inicia los estudios de comunicación, la carrera recién creada habitada por tipos que, como él, no tienen claro por qué vía encauzar su existencia. Entonces las novelas de los grandes autores europeos de la condición humana, los pensadores de la filosofía de la existencia irrumpen en su



peso del tiempo, las ilusiones que no abandonan al protagonista, las fuerzas que lo envuelven en una corriente pasional que no puede ni quiere abandonar: la pasión de Sonia, al fin conquistada, y ella, como una nueva Magdalena, que ha encontrado en él la energía necesaria para revivir. Pero ligarse existencialmente con Sonia implica dejar a Irma que espera un hijo suyo. Sin embargo, qué puede la mujer buena, la mujer que le ha consolado, frente a esa otra con la que se ha construido una historia donde el uno con la otra se han manchado. He aquí uno de los momentos de mayor intensidad en la novela, cuando dos deseos se cumplen y decir sí a uno implica negar el otro y donde una especie de destino fatal inclina la balanza, una circunstancia que suprime la alegría del acto al que accedemos de pleno consentimiento.

La experiencia poética profunda de esta novela, ricamente poblada de personajes que no son pretextos, que nos hacen experimentar los flujos y reflujos de la existencia, yace en que hace germinar en nosotros la otredad dentro de nosotros mismos, experimentar que apenas una línea delgada nos separaría del santo y del criminal, libertad que se despliega y burla lo que parece la condena de un sino fatal. Pero *Apenas una línea delgada* es, también, la educación sentimental de una generación que creció en un mundo que la vapulearía por tres cambios que la tornaron mutante sin apenas tiempo de digerir cada uno: del espíritu exploratorio de la aventura existencial al sentido de culpa cuando no pudo escapar a la realidad del crimen y de la injusticia que la llevaron al compromiso social y luego, casi sin darse cuenta, resentir el fracaso arrojada en la posmodernidad: el imperio del mercado, la marginación de los débiles o de los demasiado sensibles, un mundo donde el pez grande se come al chico y donde la vida se tornó lucha por la vida. Tres cambios y quedar de cara a la muerte, de lo que sólo puede salvar esa forma de fe que es una novela. **U**

Alberto Ulloa Bornemann, *Apenas una línea delgada*, Editorial Ink, México, 2016, libro electrónico.

vida. Lo importante es, en todo caso, encontrarse a sí mismo.

He aquí, pues, un personaje que contrasta con los de otros novelistas de esa generación a la que pertenece Alberto Ulloa, menos metidos en sí mismos, capaces, seguramente, por ello de vivir a plenitud la realidad objetiva que les llevaba al rock y a la novela americana, con esa hasta cierto punto envidiable seguridad que falta al personaje de la novela de Ulloa. Un hombre inseguro en un tiempo de crisis, o sea, caracterizado por el relativismo, parasita una encrucijada de caminos posibles, y así como muchos escritores de la misma generación y con características más próximas a Ulloa renegaron de sus autores nutricios en el cine y la literatura para entregarse a la acción política y revolucionaria como un modo de enfrentar y encarnar la realidad de su entorno, renegando de lo que consideraban disvalores de la, llamada despectivamente, pequeñoburguesía, el protagonista de la novela de Ulloa cae en otra trampa en su necesidad de vivir la realidad concreta: una mujer a la que desea es deseada por un tipo al que, en el fondo, él admira, un macho manipulador que lo introduce en un mundo de violencia, donde impera la ley del más fuerte.

Apenas una línea delgada habría separado al protagonista de su ensimismamiento

to a la escritura, al compromiso político, o a lo que sucede en la novela: un gesto noble, la venganza contra un tipo despreciable, lo llevan a cometer un acto cuya consecuencia será la cárcel en plena juventud. Las alas cortadas, un destino fatal determinará ahora su existencia; dicho de otro modo, nunca pudo, desde sí mismo, mandar en su vida.

Si en su relato autobiográfico *Sendero en tinieblas* nos encontramos a un autor al que apenas una línea delgada lo colocó en la ruta de los revolucionarios, ahora, en una novela, enfrentamos a un personaje al que otra le vuelve un delincuente común. En ambos casos será la prisión la que hará a uno y a otro conocer la libertad: lidiar con hombres concretos y consigo, ganar la libertad interior y, desde ella, mandar sobre sí mismo. Apenas una línea delgada separará al revolucionario de otro personaje al que un camino diferente volvió otro hombre, pero uno y otro camino darán como resultado haber burlado el destino y ser artífice supremo de sí mismo.

La novela nos hace sentir el paso del tiempo, de cómo deja uno de ser el que fue, la aparición de la conciencia moral y la necesidad de la escritura para fijar lo vivido y plantearse desde la raíz del ser la ruta a seguir. El lector experimenta el paso y el